

Lo que Italo Calvino nos enseña

*“Lo que el psicoanálisis nos enseña,
¿cómo enseñarlo?”¹*

En junio de 1960 Italo Calvino reunió en un libro a tres de sus historias, escritas entre 1951 y 1959. El vizconde demediado (1951), El barón rampante (1957), y El caballero inexistente (1959) fueron ordenadas bajo un nombre: Nuestros antepasados.

Es ese el gesto que nos interroga: la reunión de esas tres.

En aquella publicación, dice el autor que “tienen en común el hecho de ser inverosímiles y de ocurrir en épocas remotas y en países imaginarios”.²

La reunión parece explicarse por lo común más allá de lo diferente. Es la raíz de este “árbol genealógico de los antepasados del hombre contemporáneo”.

Pero también agrega: “Es una buena ocasión que se me presenta para volverlas a leer e intentar responder a preguntas que hasta ahora había eludido cada vez que me las había planteado: ¿por qué he escrito estas historias? ¿qué quería decir? ¿qué he dicho en realidad?”

Sus preguntas -que podrían formar parte también, de un psicoanálisis- ya anticipan que haberlas reunido no es un movimiento sin consecuencias.

El vizconde Medardo de Terralba se había enrolado en una guerra contra los turcos por complacer a unos duques vecinos metidos en ella. “Estaba aún en la primera juventud, la edad en que los sentimientos se mezclan todos en un confuso impulso, indistintos aún entre mal y bien...”

“¡Veré a los turcos!”, pensaba. Mientras el autor nos dice: “Nada agrada tanto a los hombres como tener enemigos y ver luego si son exactamente como se los imaginan”.

Agresividad irreductible en la especularidad narcisista donde el hombre se constituye. Rivalidad que la ley atempera, pero sin garantías.

Poco tiempo dura para el vizconde su participación en la guerra, aunque alcanza para dejarle una marca irreductible. Partido en dos por un cañonazo regresa al castillo. Vivo y partido por la mitad.

Desde entonces, El Cojo, el Manco, el Tuerto, el Roto, son los apelativos que recibe la mitad cruel que se satisface cortando en mitades todo lo que está a su paso.

La otra mitad del vizconde, piadosa, regresa más tarde a Terralba, y despliega sus bondades sobre los cuerpos y las almas de los habitantes del lugar. Pero sus acciones no compensan las maldades anteriores. Reponer la muleta del viejo Isidro, desconociendo que éste la usaba para apalearla a su mujer, o inmiscuirse en los asuntos de otros para sermonearlos, instala entre los lugareños el desconcierto. Perdidos ante maldad y virtud igualmente inhumanas, descubren aquello que las buenas intenciones conducen a lo peor.

El bueno no es tan bueno, el malo no es tan malo, y las mitades no buscan reunirse. Aún así, cuando son integradas las partes y el vizconde vuelve a ser uno, no llega la felicidad.

¹Lacan, J. El psicoanálisis y su enseñanza. Siglo XXI, Buenos Aires, 2000, pág. 421.

²También dice: “Dadas estas características comunes, y a pesar de otras características no homogéneas, se piensa que constituyen lo que se suele llamar un “ciclo”, mejor dicho, un “ciclo cerrado” es decir, acabado, en cuanto no tengo intención de escribir otras”.

Demediado, dividido, Medardo comprende en cada persona y cosa del mundo la pena que cada uno y cada una tiene por su propia “incompletez”. Y dice: “Ojalá se pudieran partir todas las cosas enteras,... así cada uno se podría salir de su obtusa e ignorante integridad. Estaba entero y todas las cosas eran para mí naturales y confusas, estúpidas como el aire; creía verlo todo y no veía más que la cáscara...”³

El barón rampante es Cosimo Piovasco di Rondó. Su madre, llamada la Generala, y su padre, uno de los pocos nobles de la región alineado a la causa imperial, eran, -según quien relata la historia, el hermano de Cosimo- “tan distraídos que nosotros dos pudimos crecer casi abandonados a nosotros mismos.”

Estos padres prohibían a sus hijos deslizarse por la balastrada de mármol de las escaleras, no por miedo a que se rompieran un brazo o una pierna, sino porque podían tirar al suelo las estatuas de sus antepasados que estaban en las pilastras finales de cada tramo.

Porque no los preocupaba, “por eso sus hijos nunca se rompieron nada”, dice Calvino como interrogando la eficacia del deseo de estos padres. Y como sabiendo que “cuidar la propia vida es, para el niño, cuidarla siempre como propiedad del Otro”.⁴

Las operaciones de la madre y del padre, que se efectúan en los momentos iniciales de la vida, deben recrearse en tiempos lógicos de la existencia del hablante.

El inicio de esta historia coincide con uno de estos tiempos, el del drama puberal.

El 15 de junio de 1767, poco tiempo después de ser, él y su hermano, admitidos en la mesa de sus padres, Cosimo decide encaramarse a un árbol del jardín familiar.

La acción, en respuesta a una reprimenda de su padre, no sorprende en principio al narrador. Pasar horas en los árboles era para ellos una práctica habitual, lo hacían, “no por motivos utilitarios, como muchos niños, para buscar fruta o nidos, sino por el placer de superar difíciles salientes del tronco y horcaduras, y llegar lo más alto que podíamos...”

Pero, aquello que parece una ocurrencia momentánea y caprichosa, se transforma en una decisión y la vida entera del protagonista transcurre en los árboles. Ni muerto regresa a la tierra.

La amistad, el amor, el dolor, son vividos allí y desde allí, cuál si Cosimo hubiera encontrado la distancia moderada, esa que permite pasarla lo mejor posible con los otros, como los puercoespines de Shopenhauer, según la parábola citada por Freud en Psicología de las masas y análisis del yo.

Agilulfo se llama el caballero inexistente que integra el ejército de Carlomagno. Una armadura de donde sale una voz metálica proveniente de la chapa que vibra, no del cuerpo.

A ese paladín que sabe que existe y en cambio no existe, el rey le asigna un escudero que existe pero no lo sabe. Es un personaje al que llaman, según los pueblos por los que pasa, o los ejércitos en donde participa, incluso los nombres

³Continúa la cita: “Si alguna vez te conviertes en la mitad de ti mismo, muchacho, y te lo deseo, comprenderás cosas que escapan a la normal inteligencia de los cerebros enteros. Habrás perdido la mitad de ti y del mundo, pero la mitad que quede será mil veces más profunda y valiosa. Y también tu querrás que todo esté demediado y desgarrado a tu imagen, porque belleza y sabiduría y justicia existen sólo en lo hecho a pedazos.”

⁴Rabinovich, Norberto. Lágrimas de lo real, un estudio sobre el goce. Psicolibro ediciones, Buenos Aires, 2005, pág. 35.

pueden cambiar de una estación a otra. “Los nombres le resbalan por encima sin conseguir nunca pegársele”.

El nombre propio no tiene función de representación. El nombre propio, que es más bien impropio, porque cada uno se llama como lo llamaron, es cifra que marca, localiza, sitúa en la estructura, y evoca la deuda simbólica.

No tenerlo, no haberlo recibido, es una condena a no ser.

Pero volvamos al protagonista, el que sólo es un nombre, el caballero inexistente. De él sabemos que no conoce el consuelo del sueño. “Agilulfo no podía saber qué era poder cerrar los ojos, perder conciencia de sí, hundirse en el vacío de sus propias horas, y después al despertar encontrarse igual que antes, reanudar los hilos de la vida...”

No duerme, no puede suspender el control, el deseo de saber. Pero si no duerme, no despierta. Y, lo que es peor -sobre todo para el psicoanálisis- tampoco sueña.

“El psicoanálisis permite descansar a los insomnes. El insomnio es una obsesión de la identidad: dormir es un modo de olvidarse de sí, de desprenderse de lo que se piensa en uno. El insomne está obligado a permanecer horas junto a sí mismo”.⁵

Si bien intenta sostenerse en su fuerza de voluntad, tal como él mismo responde cuando le preguntan cómo se las arregla para prestar servicio si no existe, una vida sin cuerpo no es una vida.

Así piensa Agilulfo mientras arrastra un muerto al que debe cavarle una fosa: “Oh, muerto, tienes lo que nunca tuve ni tendré: esta envoltura. Es decir: no la *tienes*, tú *eres* esta envoltura, o sea eso que a veces, en los momentos de melancolía, me sorprende envidiando a los hombres que existen. ¡Bonita cosa! Bien puedo llamarme privilegiado, yo que puedo prescindir de ella y hacerlo todo. Todo, claro, lo que me parece más importante; y muchas cosas consigo hacerlas mejor que quien existe, sin sus habituales defectos de grosería, imprecisión, incoherencia, hedor. Es cierto que quien existe siempre pone en ello algo, una impronta personal, que yo no conseguiré nunca dar”.

Alguien como él no tiene nada para apoyar sus propias acciones, verdaderas o falsas: o quedan anotadas día tras día en las actas, señaladas en los registros, o bien es el vacío, la completa oscuridad.

¿Qué podría ser si no hay superficie donde se escriba la demanda del Otro, borde donde se contornee la pulsión?

El psicoanálisis, si bien llamado ciencia del espíritu, surgió de la escucha de las histéricas porque sus cuerpos hablaban.

Freud, ante la tradición filosófica que proponía la posibilidad de aislar el pensamiento de las pasiones, los deseos, las angustias... el cuerpo, ya lo advertía: “el pensamiento está desde siempre encarnado”.⁶

Para Agilulfo, su vida y su partida transcurren sin dejar huella.

Medardo, Cosimo, Agilulfo. La división en el campo del Otro; los otros; el goce.

Trilogía de experiencias sobre cómo realizarse en cuanto seres humanos, dice el autor cuando las tres historias conforman un nuevo volumen.

Calvino nos enseña sobre la condición humana. Y nos recuerda las razones del quehacer de un analista: el Otro que nos constituye, la relación al semejante, el objeto de goce.

⁵Percia, Marcelo. Un oído que está por aparecer. Epílogo de: Maurice Blanchot, La palabra analítica. Ediciones La Cebra, Buenos Aires, 2012, pág. 60.

⁶Lacan, Jacques. Mi enseñanza. Paidós, Buenos Aires, 2011, pág. 130.

Una enseñanza que se produce sin ese propósito, el de enseñar. Nos recuerda lo que Safouan dice respecto a Lacan, “maestro en quien no sentí en ningún momento la interferencia del deseo de enseñar ni transmitir”.⁷

Si bien Calvino no era analista, (conocía la obra de Freud y de Lacan, pero esto no es suficiente)⁸, nos interesa seguir la idea que surgió con nuestro título: que se producirían efectos de enseñanza con esta lectura, y desde ahí interrogar la enseñanza en psicoanálisis.

I. ¿El psicoanálisis se enseña? ¿Lo que el psicoanálisis nos enseña? O: ¿Lo que la práctica del psicoanálisis nos enseña?

Y la enseñanza, ¿no es parte de la práctica del psicoanálisis?

Un psicoanalista nunca es uno.

Tres son las patas en las que se sostiene su formación, a partir de Freud. Tres más una, si consideramos la referencia a la institución de analistas en aquel escrito de 1926.

Luego, con Lacan, (que no se lea aquí una secuencia evolutiva, como si la práctica clínica siguiera a la formación), el analista es al menos dos.

Los maestros nos lo dijeron, y cada situación en la que ofertamos nuestra escucha debería ser ocasión para recordarlo, la práctica del psicoanalista no es individual.

¿Qué lugar ocupa ahí la enseñanza?

Enseñar, intentar hacerlo, es tarea ineludible para el analista cuando, en el segundo momento, teoriza los efectos producidos en la práctica.

II. ¿Cuál es la posición favorable para enseñar? Considerando que esta expresión es de Lacan, ¿encontraremos la respuesta en sus propias palabras, y favorable será que el que enseña esté como sujeto dividido? “Por ofrecerse a la enseñanza, el discurso psicoanalítico lleva al psicoanalista a la posición de psicoanalizante...”⁹

El analista no ocupa el mismo lugar en la experiencia del análisis que en la enseñanza. La primera se sostiene en el deseo del analista. ¿Cuál será ese deseo que requiere la práctica de la enseñanza? ¿Admitimos allí un deseo de enseñante? Si retomamos el dicho de Safouan, ¿cuál ha de ser un deseo tal que no interfiera? Podríamos pensar que se tratará de un deseo congruente con “una enseñanza cuyo fin sea hacer psicoanalistas a la altura de esta función que se llama sujeto, porque se verifica que solo a partir de este punto de vista se comprende de qué se trata en el psicoanálisis”.¹⁰

Posición del enseñante que no busque la transparencia, sino -también seguimos aquí a Lacan- aferrarse a lo que encontramos en nuestra experiencia. Sin perder de vista que el psicoanálisis es una experiencia en la que el psicoanalista participa.

Posición que sostenga una enseñanza no predicativa ni atributivista. Que soporte las aporías que crecen en el campo lacaniano.

⁷Safouan, Moustapha. El psicoanálisis. Ciencia, terapia... y causa. El cuenco de plata, Buenos Aires, 2017, pág. 229.

⁸Calvino menciona a Freud en: El viandante en el mapa, y a Lacan en: Dígalo con nudos, ambos publicados en: Colección de arena, Siruela, España, 2002.

⁹Continúa la cita: ...”es decir, a no producir nada que se pueda dominar, a pesar de la apariencia, sino a título de síntoma”. Lacan, Jacques. Alocución sobre enseñanza. En: Otros escritos, Paidós, Buenos Aires, 2012, pág. 325.

¹⁰Lacan. Mi enseñanza. Paidós, Buenos Aires, 2011, pág. 61.

Como la de apostar a una enseñanza sin proponerse como enseñante. Para que, tal vez, produzca transmisión. “Cuando [se puede] producir una enseñanza sin estar en posición de enseñante, ahí hay algo que se transmite”.¹¹

III. ¿Qué se enseña? ¿Se enseña la teoría psicoanalítica?

Si bien acordamos que no se trata de dar definiciones, respuestas que tranquilicen la razón y el bien pensar, la enseñanza supone el abordaje de la dimensión referencial del saber. Es lo que hace posible el trabajo entre analistas y el diálogo con otras disciplinas.

Esa dimensión, que implica un tiempo necesario de alienación en las palabras y los textos de los maestros, se continuará con otra, la que de lugar a la apropiación singular, contingente, cada vez, de cada quién.

Y, para que eso ande, ambas dimensiones necesitarán sostenerse en una tercera, que es la de lo imposible de enseñar. La enseñanza del psicoanálisis incluye lo imposible de enseñar, el acto analítico no se enseña.

“No volver a decir nunca las mismas cosas”, cuenta Lacan que es la disciplina que se impuso a lo largo de los años que dió su seminario. ¿Pretensión de originalidad? ¿O necesidad que impone la experiencia del psicoanálisis? Apuesta a no sacralizar los textos, a no reificar la técnica.

Vale aquí recordar el inicio de la enseñanza de Lacan, cuándo hace referencia al maestro zen: “a los alumnos les toca buscar la respuesta a sus propias preguntas. El maestro no enseña *ex cathedra* una ciencia ya constituida (*cathedra* es el sillón del obispo en los oficios litúrgicos, hablar *ex cathedra* es hacerlo con la autoridad propia de un cargo) da la respuesta cuando los alumnos están a punto de encontrarla”.

Invitación a la producción de los otros.

Y a sostener, y dejar trabajar la pregunta: ¿por qué el psicoanálisis no se enseña como cualquier otro saber?

¹¹Cancina, Pura. En reportaje publicado en: www.acheronta.org